

## INTRODUCCIÓN

No sospechaba Søren Kierkegaard que el siglo xx vería la muerte del autor, porque según Roland Barthes cuando se le da un autor a un texto, se le impone a este un último significado. Para el pensador francés los textos se componen de escrituras múltiples que se encuentran no en el autor sino en el lector. Y condena a la crítica literaria clásica por no haberse ocupado del lector, que es el destino y, por tanto, donde reside la unidad de todo texto; de ahí que Barthes proclame que “el nacimiento del lector se paga con la muerte del Autor”<sup>1</sup>. Sin embargo, tal postura no parece tomar en cuenta a escritores que han dedicado el esfuerzo de su trabajo literario a los lectores como lo hizo Kierkegaard, quien con frecuencia se refiere a “mi amable lector”, a aquel individuo singular “a quien con alegría y gratitud llamo *mi* lector”, o a “mi querido oyente”.

En 1846 teniendo en mente la dedicatoria a “aquel individuo singular” que se encuentra en los *Discursos edificantes para diversos estados de ánimo*<sup>2</sup> escribió en una nota dirigida a ese lector: “Quién eres tú, no lo sé; dónde estás, no lo sé; cuál es tu nombre, no lo sé. Sin embargo, tú eres mi esperanza, mi alegría y mi orgullo; y en lo secreto mi honor”<sup>3</sup>. Para Kierkegaard-autor solo un individuo puede comunicar la verdad; y el comunicador de la verdad solo puede dirigirse a un individuo, pues la verdad es la concepción de la vida expresada por el individuo<sup>4</sup>. Pocos autores han sido tan cercanos a sus lectores como Kierkegaard, incluso a pesar de la distancia temporal; y pocas veces uno, en cuanto lector, se siente tan unido a un autor como cuando se lee al filósofo danés. Muchos lectores de Kierkegaard afirman esta afinidad con el autor, y hablan de una especie de diálogo que se da entre ambas partes

---

<sup>1</sup> Roland Barthes, “La muerte del autor” en *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*, trad. de C. Fernández Medrano, Buenos Aires: Paidós, 1994, p. 71.

<sup>2</sup> “Este pequeño libro está dedicado a ‘aquel individuo singular’”. Søren Kierkegaard, *Discursos edificantes para diversos estados de ánimo*, trad. de Leticia Valadez, México: Universidad Iberoamericana, 2018, p. 7 / SVI VIII 116.

<sup>3</sup> Søren Kierkegaard, “Den Enkelte. Tvende ‘Noter’ Betræffende min Forfatter-Virksomhed” en *Synspunktet for min Forfatter-Virksomhed, Søren Kierkegaards Samlede Værker*, ed. A.B. Drachmann, et al, vol. 13, Copenhague: Gyldendalske Boghandel, 1906, p. 591.

<sup>4</sup> Cfr. *Ibid.*, p. 596.

formándose una relación personal e íntima. Definitivamente no se trata de un autor para las masas, no ha significado una moda, ni una tendencia – nada más lejano a la obra kierkegaardiana. Se trata de un autor para cada individuo que se atreve a leerlo. Y a cada individuo le habla de manera particular porque Kierkegaard siempre mantuvo el interés en el destino de sus obras. Y aquí sí podríamos decir con Barthes que las múltiples escrituras de los textos kierkegaardianos residen en el lector individual, en su lectura personal y única.

Kierkegaard fue muy cuidadoso de su obra, tanto que le agobiaban las interpretaciones que le parecían apresuradas o simplistas. Son memorables, por poner un caso, los borradores de cartas dirigidas a J. L. Heiberg bajo la firma del pseudónimo Constantin Constantius<sup>5</sup>. Ahí el autor pseudónimo se encarga de aclarar lo que considera como malentendidos de Heiberg con respecto a la obra *La repetición* (1843). Y también encontramos ya desde entonces explicaciones al lector<sup>6</sup>. Pero este afán hermenéutico de la propia obra tiene un punto culminante a partir del *Postscriptum no científico y definitivo a Migajas filosóficas* (1846), obra de Johannes Climacus, editada por S. Kierkegaard. En el apéndice titulado “Un vistazo a un esfuerzo contemporáneo en la literatura danesa”, Climacus realiza un recorrido hermenéutico por las obras pseudónimas y las firmadas por el Magister Kierkegaard. Climacus expresa que los pseudónimos se le habían adelantado, pues planteaban el plan que él se había propuesto llevar a cabo, esto es, escribieron cosas que él mismo quería escribir<sup>7</sup>.

Es necesario dejar claro, sin embargo, que lo que Kierkegaard ofrece a sus lectores es una orientación y no una imposición, pues solo así puede haber coherencia con el tipo de comunicación que está empleando, a saber, una comunicación indirecta. Climacus mismo afirma no estar seguro de haber interpretado adecuadamente a los autores pseudónimos, pues él sólo

---

<sup>5</sup> Cfr. por ejemplo, *Pap.* IV B 110.

<sup>6</sup> Recordemos que al final de *La repetición* se encuentra una carta dirigida al Sr. X., “verdadero lector de este libro” (*SVI* III 257), que Constantin Constantius inicia de la siguiente manera: “Mi querido lector: Perdona que te hable con tanta confianza, pero no te preocupes, que todo quedará entre nosotros. Porque a pesar de ser un personaje ficticio, no eres para mí una colectividad, una multitud indiferenciada, sino un individuo particular. Estamos, pues, los dos solos, tú y yo” (*SVI* III 259). Y en los *Papirer* también hay cartas al lector, firmadas por Constantius, a propósito de Heiberg (*Pap.* IV B 120 y 121).

<sup>7</sup> Søren Kierkegaard, *Postscriptum no científico y definitivo a Migajas filosóficas*, trad. de Nassim Bravo Jordán, México: Universidad Iberoamericana, 2008, p. 253 / *SVI* VII 212.

es un lector<sup>8</sup>. Para Climacus la comunicación indirecta a través de libros es un arte; no se trata de comunicar a un conocedor para que este pueda juzgar lo que se comunica, o a un no conocedor para que este adquiriera nuevos conocimientos; se trata de comunicar a un sujeto existente<sup>9</sup>.

Las páginas finales del *Postscriptum* que llevan el título “Una primera y última explicación” pueden leerse como la confesión firmada por Kierkegaard donde acepta ser el autor de los pseudónimos – el creador poético de los autores. En este sentido se cuida muy bien de no confundir las obras de esos autores con su propio pensamiento: “En las obras pseudónimas no hay una sola palabra de mi autoría. Frente a ellas carezco de opinión, como no sea en tanto que tercero, ni conocimiento de sus significados, salvo como lector”<sup>10</sup>.

Ya puede verse lo importante que resulta para Kierkegaard que se haga esa distinción entre las obras firmadas por él y las de los autores pseudónimos. Esta diferencia resulta crucial, como él mismo lo dejará claro más adelante, para que sus lectores puedan entender la obra en su totalidad, que es justo como él insiste que deben interpretarse sus obras – en su totalidad y no como si fueran independientes una de otra, pues todas forman parte de un plan premeditado.

Hasta este punto en su carrera de escritor, Kierkegaard se había valido de la comunicación indirecta. Con el método indirecto, al modo de la mayéutica socrática, Kierkegaard parte desde una aproximación estética para abordar lo que describe como el espejismo de la cristiandad. Este método permite que el lector se quede a solas con el texto y sin la sombra del autor. Pero Kierkegaard se daba cuenta que las obras de los pseudónimos se prestaban al uso y abuso indiscriminado por parte de los lectores casuales, y por eso pide explícitamente que cuando se citen esas obras, se cite al autor en turno<sup>11</sup>.

Sin embargo, llegó el momento cuando empezó a preguntarse si ya sería oportuno dirigirse a los lectores de manera directa. No para imponer su pensamiento –como ya se ha puntualizado arriba– sino para decir qué era lo que quería transmitir en la totalidad de la obra, para develar la coherencia interna que siempre estuvo presente en esta desde el inicio. En los diversos escritos y notas sobre el tema reitera que su labor consistió en presentar

---

<sup>8</sup> *Ibíd.*, p. 282 / *SVI VII* 238.

<sup>9</sup> *Ibíd.*, p. 279 / *SVI VII* 236.

<sup>10</sup> *Ibíd.*, p. 628 / *SVI VII* 546.

<sup>11</sup> Cfr. *Pap. X<sup>6</sup> B* 145, 202 y *Postscriptum*, pp. 627-631 / *SVI VII* 545-549.

una idea: introducir, poéticamente y sin autoridad, el cristianismo en la cristiandad; y que fue un escritor religioso desde el principio.

En 1847 empezó a trabajar en esta comunicación directa, aunque ninguna de las ideas preliminares llegó a materializarse y se quedaron en meros proyectos. En noviembre de 1848 terminó *El punto de vista de mi obra como escritor*, pero en esa época decidió posponer la publicación. Durante bastante tiempo se estuvo debatiendo entre los pros y contras de un escrito directo que explicara su obra porque además habría que considerar la próxima publicación de *La enfermedad mortal* (1849) y *Ejercitación del cristianismo* (1850) del autor pseudónimo Anti-Climacus, que perderían su fuerza indirecta si existiera de antemano una explicación directa.

A pesar de las dificultades que el asunto implicaba, Kierkegaard no quitó el dedo del renglón y escribió incesantemente sobre su autoría. Además de *El punto de vista de mi obra como escritor*, otras obras donde expone de manera explícita su proyecto literario y su desarrollo son: *Tres notas*, *Una nota* y *Neutralidad armada*. Pensaba que en algún momento tenía que hablar de manera directa a los lectores sobre sí mismo y su obra. Finalmente, en agosto de 1851 publicó *Sobre mi obra como escritor*, una versión muy corta de *El punto de vista*. Y en 1859 su hermano Peter publicó de manera póstuma *El punto de vista de mi obra como escritor* con el apéndice “Dos notas” y un “Postscriptum a las ‘Dos notas’”. Por otro lado, *Neutralidad armada* no se publicó sino hasta la primera edición de los *Papirer* en 1880. Fue así como la aclaración directa llegó al lector.

El tema de la comunicación indirecta también está estrechamente vinculado a su relación con Regine Olsen, ya que sus obras tuvieron mucho que decirle, aunque siempre de manera indirecta. Se puede constatar en los diarios personales de Kierkegaard que este pasó mucho tiempo dándole vueltas a la necesidad de una comunicación directa con Regine – por ejemplo, en la conocida sección titulada “Mi relación con ella” escrita en 1849<sup>12</sup>. Kierkegaard se percataba de que hablar de manera directa sobre su obra significaba también hablar directamente sobre su relación con Regine Olsen. El 10 de septiembre de 1849 –exactamente nueve años después de haber formalizado el compromiso y un poco más de ocho de haberlo roto definitivamente– le escribió una carta, de la cual existen varios borradores con correcciones y cambios<sup>13</sup>. En noviembre al fin la envió, asunto bastante

<sup>12</sup> Cfr. *Pap. X<sup>5</sup> A 148-150*.

<sup>13</sup> Puede verse el cuidado y tiempo que Kierkegaard invirtió escribiendo y reescribiendo cada frase – también en la carta dirigida a Schlegel. Cfr. *Cartas 235-239*

complicado porque la adjuntó dentro de otra dirigida a Frederik Schlegel, esposo de Regine, quien –como era de esperarse– la regresó cerrada. Uno de los borradores de dicha carta inicia de la siguiente manera: “Para la Sra. Regine Schlegel con sincero afecto del autor. ‘Hay un tiempo para callar y hay un tiempo para hablar’”<sup>14</sup>. En la carta Kierkegaard reconoce que la hizo sufrir, pero afirma que él sufrió más; le pide perdón y también le agradece: “*Gracias por todo lo que te debo; gracias por el tiempo que fuiste mía*”<sup>15</sup>. Y asegura que su fama le pertenecerá a ella: “Olvídame o recuérdame (...) pero ni yo ni la historia te olvidaremos”<sup>16</sup>. Lo que al final sucedió fue que Regine no recibió la comunicación directa en vida de Kierkegaard, aunque la dedicatoria, más o menos directa, apareció en los *Dos discursos para la comunión de los viernes* (1851): “A alguien no nombrado, cuyo nombre algún día será nombrado, con esta pequeña obra se dedica toda la autoría, como lo ha sido desde el principio”<sup>17</sup>.

De alguna manera los deseos de Kierkegaard llegaron a buen término porque en su momento Regine conoció la verdad; y también porque los lectores de Kierkegaard han recibido la explicación directa de su obra como escritor. Y es por eso que en el caso de la obra kierkegaardiana el binomio autor-lector o lector-autor son inseparables; porque, de cierto modo, no puede concebirse la obra sin esa evocación silenciosa a Regine; y porque el lector de Kierkegaard de todos los tiempos tiene que remitirse, de algún modo u otro y tarde o temprano, al autor.

La traducción que presentamos para esta quinta entrega de *Estudios Kierkegaardianos* en la sección de “Textos y contextos” es un texto que forma parte de *El punto de vista de mi obra como escritor*; y corresponde al primer apartado del primer capítulo en la segunda parte.

Hay una serie de subtítulos que van conduciendo al lector al argumento de Kierkegaard. La segunda parte de la obra se titula: “La obra vista en su

---

en Søren Kierkegaard, *Letters and Documents*, trad. de Henrik Rosenmeier, Princeton: Princeton University Press, 1978, pp. 322-337.

<sup>14</sup> Era la posible dedicatoria que se iba a incluir después del prefacio de los *Tres discursos para la comunión de los viernes* (1849) con la fecha 10 de septiembre. Cfr. Carta 235, p. 322. La referencia bíblica es de Ecl 3: 7.

<sup>15</sup> *Ibíd.*, p. 323.

<sup>16</sup> *Ibíd.*, p. 326.

<sup>17</sup> Søren Kierkegaard, *To Taler ved Altergangen om Fredagen* en *Søren Kierkegaards Samlede Værker*, ed. A.B. Drachmann, et al, vol. 12, Copenhague: Gyldendalske Boghandel, 1905, p. 265.

totalidad y desde el punto de vista de que el autor es un autor religioso”. El filósofo danés da la primera pista: para tener un entendimiento adecuado de la obra hay que verla en su totalidad y además hay que verlo a él como un escritor religioso. La sección A del primer capítulo en esta segunda parte se titula: “La producción estética. Por qué se empezó con la producción estética o lo que, vista en su totalidad, esta producción anuncia”. La primera premisa tiene que ver con las obras estéticas y su razón de ser en la autoría. Todos estos títulos son por demás sugerentes y aquí, además, añade una aclaración a pie de página: “De una vez por todas, solicito encarecidamente al amable lector tener en cuenta que, en la totalidad de la obra, todo el pensamiento del autor es este: el hacerse cristiano”<sup>18</sup>. Es decir, no hay que olvidar la finalidad de estas obras, lo que Kierkegaard quería expresar desde el principio, a saber, cómo es que el individuo ha de convertirse auténticamente en cristiano.

El texto traducido que se presenta viene justo a continuación de esos títulos preliminares con el título de: “La ‘cristiandad’ es un inmenso espejismo”. Se trata de un texto muy breve pero muy aprovechable que explica la intención principal de la obra en su totalidad y también cómo procedió su autor. En primer lugar y como punto de partida afirma que la cristiandad no se comporta bajo categorías propias del cristianismo, es decir, los que se llaman cristianos en realidad no actúan como cristianos. De ahí que eso de la “cristiandad” no sea sino un espejismo. En seguida presenta su propuesta: introducir el cristianismo en la cristiandad, aunque reconoce que se trata de una empresa difícil y en apariencia infructuosa. Sin embargo, afirma que emprender esta tarea se parece a lo que sucedió cuando se originó el cristianismo: también el fracaso era seguro y, sin embargo, empezó.

A continuación, pone un ejemplo de un modo de proceder que no funciona cuando se quiere erradicar el espejismo. Es lo que hace el clérigo que desde el púlpito señala con vehemencia los errores de los falsos cristianos. Esto no funciona porque los que lo escuchan nunca se sienten aludidos, no se dan cuenta –por el espejismo– que es de ellos de quien se está hablando. En todo caso, esos que viven en la ilusión –llamándose cristianos– terminan considerando como fanático al que les quiere abrir los ojos. Para ellos el no cristiano es él y ellos son los buenos cristianos.

---

<sup>18</sup> Søren Kierkegaard, *Synspunktet for min Forfatter-Virksomhed*, en *Søren Kierkegaards Samlede Værker*, ed. A.B. Drachmann, et al, vol. 13, Copenhague: Gyldendalske Boghandel, 1906, p. 529.

Lo que propone Kierkegaard, y ese es el método que afirma haber utilizado en su obra de escritor, es eliminar el espejismo de manera indirecta. Solo el que se declara no cristiano, dice, puede llevar a cabo semejante empresa; esto es, hay que dejar que el que está en el error se crea el verdadero cristiano. Y como los que se creen cristianos en realidad viven en categorías estéticas o estético-éticas, hay que dirigirse a ellos desde esos mismos parámetros.

El método del autor religioso consiste en tratar el problema con delicadeza y paciencia. Con amor y pudor debe poner al hombre que está en el error frente a sí mismo y frente a Dios para que así pueda reconocer que su supuesta religiosidad solo es un espejismo. Es de vital importancia que el autor religioso se ponga en contacto con el ser humano, con lo estético, para después (ni muy pronto ni muy tarde) revelar lo religioso. Finalmente, Kierkegaard deja en claro que este método es un método de amor, un método cristiano; es decir, no consiste en juzgar o condenar. Es un método con valor intrínseco porque la responsabilidad y el esfuerzo es de quien ayuda, por tanto, su valor no depende de lo que se consigue. Por ello, aunque no se consiga nada, practicarlo no es un esfuerzo vano si se practica en verdadera abnegación.

Los tres artículos de especialistas kierkegaardianos que se presentan en la sección son reflexiones en torno a esta temática tratada en *El punto de vista*. Cada uno de ellos muestra ángulos específicos con lecturas particulares que permiten ahondar en el pensamiento, intenciones y obra de Kierkegaard.

En el primer artículo, *¿Cómo introducir el cristianismo dentro de la cristiandad? Comunicación indirecta, seudónimos e ironía en Kierkegaard*, Luis Guerrero M. recurre a la figura de Sócrates y al tema de la ironía para profundizar en el significado del texto que nos ocupa.

Por su parte, Ángel Enrique Garrido Maturano explora el significado del ser cristiano y cómo con ese conocimiento se puede romper la ilusión para mostrar el auténtico cristianismo. El verdadero cristiano, afirma, no es el que se dice cristiano, sino el que se humilla e intenta serlo porque el cristianismo es, ante todo, una ejercitación. Su artículo se titula *Una lección de humildad o cómo dejar de ser cristiano para intentar serlo. Reflexiones kierkegaardianas*.

Finalmente, en el artículo de Francesc Torralba, *Deconstruir la cristiandad. A vueltas con Kierkegaard*, se reitera la intención de Kierkegaard de mostrar en su obra lo que significa ser cristiano en el mundo; la necesidad

de una crítica a la cristiandad; y el modo como se ha de enfrentar la ilusión. Al final hay que darse cuenta, afirma Torralba, que el auténtico cristiano nunca puede sentirse totalmente cristiano en el mundo.

Leticia Valdez